GACETA MÉDICA DE MÉXICO

PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉXICO.

ACADEMIA DE MEDICINA DE MEXICO.

SECCION DE PATOLOGIA INTERNA.

Nombrado por la Academia de Medicina, como miembro de la seccion de Patología interna, para dictaminar acerca del trabajo intitulado: «Algunos apuntes sobre el Tifo,» presentado por el socio corresponsal Dr. Manuel Ortega Reyes; el que suscribe es de opinion que se debe publicar dicho trabajo en la «Gaceta Médica,» dejando al autor exclusivamente la responsabilidad de las ideas que emite en dicho trabajo, pues hay algunas como que: «el tifo abdominal y el exantemático no son más que grados diferentes de envenenamiento, que pueda venir el tifo durante una preocupacion del ánimo, solo por un enfriamiento, sin que haya miasmas, la confusion de los accidentes tifóideos con el tifo, etc., etc.,» que no son generalmente aceptadas en la ciencia.

La Comision que suscribe cree hacer justicia al Sr. Ortega Reyes, recomendando los medios profilácticos que propone, especialmente la ventilacion de las salas en donde están aglomerados los enfermos; método que si bien no es original, si debe ser de una utilidad incontestable, aplicado de la manera que propone su autor.

En vista de lo expuesto, la Comision que suscribe somete à la deliberacion de la Academia la proposicion siguiente:

Unica.—«Se publicará en la «Gaceta Médica» el trabajo del socio corresponsal, Dr. Manuel Ortega Reyes intitulado: «Algunos apuntes sobre el tifo;» bajo la exclusiva responsabilidad de su autor.»

México, Abril 20 de 1881.—ADRIAN SEGURA.

PATOLOGÍA INTERNA.

ALGUNOS APUNTES SOBRE EL TIFO.

Léjos de Oaxaca, y principalmente de su Hospital general, en donde podria reunir cierto número de observaciones sobre el Tifo, con que contribuir en algo à los esfuerzos que este respetable Cuerpo hace para caracterizar esta

enfermedad en lo que pueda tener de peculiar à nuestro país, aprovecho la ocasion de mi lectura de reglamento ante esta Ilustre Academia para exponer las sencillas apreciaciones que en casi cuarenta años he podido hacer sobre esta terrible enfermedad, principalmente respecto de su profilaxia y tratamiento, adonde será más bien dirigido este escrito; cosas que verdaderamente constituyen la parte especulativa del enfermo, de los deudos y de la sociedad. Mas como para el médico que lleva el timon en el borrascoso mar de las enfermedades, interesen las otras dos partes, à saber: la naturaleza y la etiología del Tifo, diré algunas palabras sobre ellas, con toda la timidez que demandan aquellos puntos de la ciencia, que por su oscuridad, solo pueden inferirse por sus obras, ya que no es dado todavía verlas en su íntima naturaleza.

El tifo que los latinos, italianos, franceses é ingleses llaman *Tiphus*, y los alemanes *Fleck-feber*, *Petechial feber*, y en nuestro idioma vulgar Tabardillo pintado, es una fiebre pútrida, continua, contagiosa, de un carácter exantemático por lo regular, que se desarrolla en algunos animales y principalmente en el hombre, y toma su origen de ellos mismos influenciados por las suciedades, la mala ventilación, la estrechez proporcionalmente de sitios en que se aglomeran esos mismos animales; por la miseria en su alimentación, las aguas corrompidas, las pasiones tristes, y todo aquello que tienda à trastornar el organismo, produciendo un principio de fermentacion pútrida en la sangre.

Bastará, Señores, ver los efectos análogos à los del Tifo, que se producen en los animales al inyectarles materias pútridas en las venas, para comprender que en la sangre de los afectados del Tifo, y principalmente en la del hombre, circula un agente de esta clase, que destruye la vida, si el socorro à la naturaleza ó los mismos esfuerzos de ésta no destruyen tan deletéreo agente.

La sangre tiene en sí principios fermenticibles, y entre ellos el suero lleva la mayor parte. «Nosotros vemos que abandonada la sangre à sí misma, dice el eminente fisiólogo Claudio Bernard, * puede alterarse muy rápidamente y cambiar sus propiedades fisiológicas en propiedades eminentemente tóxicas.» Si las pasiones tristes y penosas, si la mala alimentacion debilitan el organismo, y paralizan en parte la potencia de la circulacion de la sangre, ¿no podrá ésta sufrir un principio de descomposicion, y convertirse en un tósigo que, si no es instantáneamente mortal, sí puede ir minando la vida hasta destruirla en más ó ménos tiempo? Ejemplos de lo que llaman tifo espontáneo, individual ó tifo nacido en una persona sin contagio alguno, se dan muchas veces, y entre otros, el comerciante de Oaxaca Joaquin Mora, persona de honor y delicadeza, se hallaba hacia algunos dias afligido por el mal estado de sus negocios y los compromisos de comercio; ha bastado despojarse de la levita al llegar caliente à su casa, para contraer, no una fiebre comun ó un resfriado, sino un tifo del que despues

* Lecciones sobre las propiedades fisiológicas y las alteraciones patológicas de los líquidos del organismo, pág. 496.

de haber casi salvado, una brusca baja de temperatura, por un grandísimo aguacero; cortó toda eliminación, y en el retroceso descendió al sepulcro.

Aquí ningún veneno exterior hubo en su contra; la higiene de la casa no era reprochable; en sí germinó el tósigo que se hizo un tifo. Y si en esa fermentación pútrida de la sangre se desarrollan los animalúscos infusorios microscópicos de la familia *Vibrion* de que habla Becherel en su *Higiene pública y privada*, refiriéndose á las pacientes observaciones de M. Pasteur, se vendrá á comprender bien que éstos son el agente desarrollado en la sangre, que comienza en ella, que en ella germina, é invade hasta hacerla inhábil para la vida: animalillos que segun el mismo Pasteur constituyen toda putrefaccion.

No solo por las observaciones de este sabio que considera en la putrefaccion la presencia de estos infusorios, podemos inferir que en la sangre corrompida de los tifóideos se hallen esos vibriones, sino que, segun Jaccoud, pág. 795, «Coze y Feltz han constantemente encontrado en la sangre de los de tifo abdominal *bacterias*,» género de la familia de los vibriones, formado por M. Ehmberg, cuyo género tiene por tipo principal el *Monas punctatum* de Müller; y aunque se podría llamar la atención sobre ser en el tifo abdominal la presencia de estos infusorios; creo que no deberá, sin un fundamento extraño, circunscribir el caso sólo á esta especie de tifo, si es que verdaderamente existe; y no son grados del envenenamiento su existencia.

Todo el mundo médico sabe hasta qué grado se descompone la sangre en el Tifo. «La fibrina y los glóbulos rojos se disminuyen; los glóbulos blancos se aumentan al principio; las materias sólidas del suero bajan del estado normal; la proporción de oxígeno disminuye, mientras que crece la de ácido carbónico:» cosa que no debe olvidarse en la práctica de los sedales que se han usado como revulsivos á la nuca, pues cuando la sangre está muy descompuesta suele haber de dichos sedales hemorragias muy temibles, que solo terminan dividiendo el puentecillo cutáneo que los forman, para con la ligadura, cauterizacion, ó presión poder corregir este accidente peligrosísimo en esta enfermedad. Yo he sanado algunas veces con las reservas necesarias á algunos tifóideos, y en alguna ocasion la sangre ha salido sumamente negra, y casi al depositarse en la vasija he visto precipitarse en el fondo, no un coágulo bien formado, sino una materia pulverulenta divisible al moverse el trasto que la contenia como si tierra negra fuera el asiento del líquido sucio que formaba el suero.

Largo seria y ajeno de una corta lectura continuar una discusion sobre esta materia; pero prescindiendo de otras razones que apoyan el desarrollo del Tifo en el interior del hombre, veámos lo que sucede en el conjunto de ellos, angustiados por las influencias de que he hablado há poco de la definicion del Tifo.

Los Sres. Roche, Sanson y Lenoir, dicen en el tomo VI de su Patología mé-

* Jaccoud, pág. 795.

dico-quirúrgica, pág. 332: «Es preciso haber presenciado las rápidas mudanzas que se verifican en el estado físico de los soldados de un ejército falto de todo y desmoralizado; es preciso haber visto todo lo malo y repugnante á que obliga á comer al hombre, y haber percibido el olor desagradable y del todo particular que se manifiesta en todos los lugares en que se hallan reunidos algunos hombres situados en estas terribles condiciones, para comprender fácilmente que bajo semejantes influencias debe originarse una grave enfermedad. Amontonados estos hombres en un espacio reducido, que un frío demasiado vivo ó cualquiera otra cosa no permite renovar con bastante frecuencia el aire que infectan y corrompen de continuo, debe desarrollarse necesaria y rápidamente un tósigo peligroso en medio de este foco humano de infección.»

Las visitas á los cuarteles sin higiene, á las cárceles, á los templos en que hácia las puertas se aglomera mucha gente de la clase proletaria, muchas veces basta para hacerse cargo de este mal olor, distinto de todo otro. Yo he tenido vacia una pieza ó habitacion de mi casa en el año de 1850 porque colindando con una sala de presos de la cárcel contigua se filtraba ese mal olor repugnante que producian los cuerpos de hombres encerrados en la noche en ese calabozo; y esta comunicacion de malos olores, que no eran de excrementos, se hacian por hendiduras muy pequeñas, que se llegaron á descubrir cerca de los techos.

He presenciado tambien varias epidemias de tifo, y entre otras la de un cuartel de Oaxaca en que aglomerados muchos reclutas, costeños de aquel Estado, sin los recursos de alimentacion suficiente y otras condiciones de una vida cómoda, y agobiados por la tristeza de haber abandonado á sus familias en su país con motivo de la leva que los redujo á esta desgracia en tiempos de Santa-Anna, desarrolló allí de tal modo esta enfermedad, que se asistian constantemente en el hospital militar de noventa á cien enfermos, segun la alta y baja que se llevaba en aquel establecimiento. Mi ensayo sobre el Tifo en este lugar fué cruel, porque además del terror que inspira á un novicio un foco de infeccion de esta cuantía, el trabajo era grande, principalmente entre los que entraban en aquel tremendo delirio que hace que el enfermo quiera á todo trance huir de su aposento.

Por lo que toca á ese horror que suelen tener algunas personas hasta á una prudente sangria cuando es indispensable, puedo manifestar que en ese terrible período de accidentes cerebrales, sin poderlo impedir, un soldado de estos delirantes se salió por una ventana que caía sobre la puerta de la cárcel que estaba en los bajos de esta sala, y cayendo bruscamente se hizo una grande herida en la cabeza, de la que salió no poca sangre, lo cual sirvió para despejarle el cerebro, y desde este momento comenzó su alivio, y la salud fué el término de su afortunado accidente.

Como por un apéndice á estos incidentes del hospital militar de que hablo, y

como un hecho curioso de coincidencia de delirio, referiré el hecho singular de que, dos de estos costños, situados en sus camas frente á frente uno del otro; en una noche se levantaron delirantes, y tomando cada uno por su lado, arrastrándose bajo de las camas salieron al fin de aquella enfermería y se pusieron á jugar al dado, como si tal fuera una realidad, y sus manos hicieron correr los marfiles de la suerte. La explicacion de este fenómeno quitaría el tiempo que nos toca destinar á lo principal del asunto de que tratamos.

Una vez apuntadas la naturaleza y la etiología del Tifo que por su íntima relacion he tenido que tratar juntas, hablaremos de su profilaxia, asunto de sumo interés, pues vale mil veces más prevenir el mal que tener que remediarlo. Las causas enumeradas al principio que favorecen el desarrollo del tifo, han quedado marcadas ya: solo la trasmision no fué señalada allí, dejándola de intento para este lugar para tratar de ella con más detenimiento por lo frecuente y lo grande de su importancia. Las medidas contra aquellas causas que favorecen el tifo son fáciles de establecer una á una segun sea la causa á que corresponda. El aseo, la ventilacion, la alimentacion sana, etc. deben ser del resorte de la autoridad á quien corresponda, salvo aquello que el individuo ó las familias por su parte puedan hacer. Mas como para los grandes edificios se necesitan varias reglas que el médico puede dar á la misma autoridad, yo propondré alguna de ellas, cuya importancia, seguridad y economía es indudable, por estar ajustada á leyes físicas.

¿Qué cosa más conveniente, tratándose de la salud, que renovar el aire con frecuencia para conservar ese mismo estado? y ¿qué cosa más imperiosa que librarse de un aire viciado, y peor que todo si está cargado de miasmas tifóideos, virulentos, escarlatinosos ó de otras enfermedades contagiosas? Y si además de renovarlo, esos miasmas son quemados y hasta allí queda el término de su existencia y el daño no se extiende al vecino ni á la sociedad, ¿no será una ventaja del método que propongo? La desinfeccion por el ácido fénico, cloruros, etc., es demasiado costosa, y no es tan segura, puesto que su accion no se puede siempre extender por todas partes; la extraccion del aire y quema de él es de corto gasto, y solo la construccion del aparato es el costo moderado, y esto por una sola vez.

El sistema de anfiteatros de desinfeccion me ha hecho idear el mio aplicado á toda clase de edificios: consiste en un horno (ú hornos si fuese necesario), proporcionado en tamaño y accion á la casa, teatro, hospital, cárcel ó cualquier otro establecimiento, y principalmente de los que por oficio pueden tener carnes ú otras sustancias fáciles de corromper, como jabonerías, curtidurías, etc., etc. Este horno tendrá una larga chimenea que pase, si es posible, de la altura del establecimiento, para que el tiro sea fuerte y la quema segura. El hogar debe, lo mismo que el cenicero, ser proporcionado al número y extension de las habitaciones que se quieran desinfectar, y cuyas puertas deben estar bien ajustadas á

fin de que impidan en lo posible el que el fuego se active á merced del oxígeno del aire del patio ú otro lugar de donde esté colocado el horno, que puede ser áun de lujo, segun el gusto y posibilidad del dueño, de suerte que solo por los tubos de que se va á hablar debe recibirse el aire de sustentacion del fuego. Estos tubos son los que deben venir de las habitaciones, y que se abrirán á los lados del hogar por medio de alcribisis ó toberas sirviendo así de soplos como lo hacen los fuelles comunes en los hornos ordinarios.

Los tubos de que se trata, sean de barro, lata, fierro ú otra materia, partirán de este hogar arrastrados á las paredes, bajo los enladrillados ó del modo más cómodo posible hasta las habitaciones, sean salas, recámaras, etc.; mas ántes de penetrar en las paredes, lo más bajo posible ó cerca de los suelos, se dividirán en un número de ramas proporcionado á la habitacion, cuyas ramas, atravesando las paredes mencionadas, terminarán en bocas aclarinadas y al aplomamiento de esas paredes, para que el aire pueda precipitarse obedeciendo á la succion.

El aparato de entrada de aire nuevo consiste en tubos cortos, de las mismas materias, de poco más del espesor del techo para que su extremidad superior, en forma de codo, pueda sobresalir de él y dirigirse al viento ménos dominante del lugar, con el fin de que la boca de esta parte del tubo no dé paso á las aguas ni á vientos agitados, cuando no sea necesario. Estos tubos tendrán de diámetro en su calibre casi diez centímetros, y colocados cada cuatro ó cinco vigas, en cuyos espacios se abocarán las otras extremidades que irán tambien al nivel de esos techos en la parte interna. Estos tubos de entrada serán colocados enfilados en el lado opuesto al en que los tubos que vienen del horno se hallan abiertos.

Una vez encendido el hogar, que se ha cargado de leña y cerrada su puerta, la del cenicero y las de las habitaciones, tras el vacio que en el horno se verifica la succion es un hecho; el aire de las salas se precipita en los tubos para ir cargado de miasmas al horno, donde con su oxígeno alimenta al fuego que acaba con ellos mismos. El nuevo aire entra por los tubos del techo, y si se quiere hacer más perfecta la operacion deberán taparse por un momento estos tubos al principio, para que los tubos inferiores obren mejor sobre el aire de la pieza solamente, en cuyo tiempo deben estar las puertas y ventanas cerradas á fin de no ejercerse la succion sobre el aire del exterior del aposento.

Por lo expuesto y por la sencillez de este aparato, se comprenderá bien las ventajas de desinfectar las habitaciones con un corto gasto de leña que se quemará cuando convenga, y con superioridad sobre los demás desinfectantes del aire, que no puede asegurarse su accion á todo el contenido de la pieza, y cuyo gasto seria cuantioso para hospitales y otros edificios, y además la muerte por consiguiente de estos miasmas, es una garantía para que no extiendan su accion sobre el vecino ó la sociedad, quedando por otra parte más garantizados los

asistentes del enfermo, y éste mismo que sale del círculo de arrojar por los sudores, orinas, etc., el veneno que volvía á inspirar bajo una atmósfera cargada de él.

Debo al cariño y amistad de mi discípulo el Dr. Gustavo Ruiz, la noticia que al estar yo acabando estos apuntes, me comunicó de haberse puesto en uso en Europa unas estufas para desinfectar las ropas de los enfermos, lo cual, según el «Diario de higiene,» se ha hecho ante la Municipalidad de París. Ignoro cuáles serán estas estufas, pero sean cuales fueren, si producen su benéfico efecto, ellas completarán el objeto de mi obra; mas si tardaren en llegar á nuestro país, yo creo sin jactancia alguna que se podrían suplir usando un aparato donde perezcan todos los miasmas de las ropas, atacados por vapores acuosos á una alta temperatura. Elijo el vapor acuoso, porque el calor seco podría incendiar la ropa, y porque el húmedo es más eficaz para atacar los animaluchos de que ya he hablado, y que se corrobora con el dicho del Dr. Maurice Nielly, quien en su obra moderna (del presente año), sobre Patología exótica, pág. 121, asegura haber en la sangre alterada de las pyrexias infecciosas, organismos inferiores ó microscópicos, *bacterias, algas, vibriones*.

Muy humilde es esta invencion, y tiene el defecto de haber nacido en un pobre cerebro como es el mio, y cuya idea le comuniqué al honorable Congreso médico de esta Capital, que ha suspendido sus sesiones, incluyéndole una lámina aclarativa que ahora reproduzco aproximativamente á aquella para poderme explicar mejor; pero así, humilde como lo es, me atrevo á encarecerla á este respetable Cuerpo, quien espero me ayudará por su parte á ser útil á mis semejantes, y á cumplir el juramento que presté al ingresar en la más noble y útil profesion de los hombres.

En el hospital general de Oaxaca establecí parte de este sistema de renovacion de aire ó desinfeccion de las habitaciones, y no obstante que por mi venida, ántes de entregar la Direccion no pude acabar de plantearlo, con lo hecho tuve felices resultados, quedando varios salones sin mal olor, áun en las noches en que se cierran las puertas de estas enfermerías, y sucediendo además que: la sala de presos que es de bajos y era día y noche intolerable su atmósfera, mediante tubos gruesos de hoja de lata que hice pasar de su techo, por la enfermería de arriba arrimados á la pared, hasta la azotea de esta última, haya quedado ventilada, sin mal olor y saludable.

Debo añadir aquí, que los agujeros en las paredes de estos establecimientos cerca de los techos son de alguna utilidad, pero que jamás ésta podrá ser comparada á la que presentan los tubos verticales de que tengo hablado, y de ello he adquirido una larga experiencia por haber establecido tambien éstos en una enfermería del hospital de Belen ántes de plantar los del general pasados muchos años.

La construccion de hornos portátiles de metal para las casas medianas ó ha-

bitaciones aisladas seria de grande utilidad siempre que se adaptasen al método indicado: de propiedad ó por arrendamiento, en casos de necesidad, harian bien al enfermo, á los asistentes y al que arrienda, quien podria sacar un estipendio en su favor.

Se ha propuesto en Europa y América, en casos de epidemia de tifo ú otra enfermedad contagiosa, aglomerar en uno ó más hospitales ó lazaretos á todos los atacados del reinante mal; pero este foco que se establece es perjudicial á los médicos, á los asistentes y áun á los mismos enfermos, y sólo puede ser favorable siempre que se establezca en ellos la desinfeccion constante ó intermitente, segun el caso y segun llevo ya expresado.

El aislamiento, los hospitales en jardines, en pequeños departamentos ó parques donde la vegetacion impere, no haré una fuerte réplica sobre ellos; pero de luego á luego se me ocurre: ¿no la baja de temperatura de estos sitios y sus humedades contribuirán á hacer dificiles las traspiraciones en casos de tanta necesidad como en las enfermedades eruptivas? y por otro lado, ¿qué capitales no se necesitan para sostener la multiplicada servidumbre y demás necesarios en esta clase de fraccionados hospitales? De todo esto se colige, que en nuestros actuales hospitales ó en otros más adecuados que se construyan, mi sistema puede establecerse con ventajas prácticas, y que no deben ponerse en duda siempre que se recuerde la corriente de aire que pasa por las manos del director en los anfiteatros de desinfeccion, y que toma la corriente hácia el horno en que van á perecer los agentes contagiosos del cadáver, si de él se desprenden.

Circunstancias hay, Señores, en que el médico se ve obligado para salvar á las sociedades, á tomar medidas extremas, teniendo que posponer los intereses de fortuna ante la vida de los hombres. El Tifo, que diezma las familias y que alguna vez acaba con ellas, que deja la pérdida de la memoria, el mutismo, las parálisis y otros accidentes en ciertas ocasiones, como podria yo comprobar con un mendigo que pide caridad en las calles de Oaxaca, y áun con mi segundo hijo que á la edad de cinco años padeció un tifo de 31 días, volviéndole la palabra al mes ó algo más de convalecencia, y cuyo médico (el Diputado D. Antonio Salinas, residente en esta Capital), fué el testigo del caso; necesita medidas enérgicas y en proporcion al mal con que amenaza. Por el año de 1849 ó 50, como Secretario de la Junta Superior de Sanidad del Estado de Oaxaca, fui enviado por el Sr. Gobernador Juarez á ministrar mis servicios médicos á una poblacion cercana una legua de la Capital. «San Agustin de las Juntas,» que así se llama ese pueblo, queda en la confluencia de dos rios, el Atoyac y el rio de San Antonio de la Cal. Horroroso era el aspecto de ese pueblo: la pena y las lágrimas estaban presentes en el semblante de sus habitantes: de unas casas habian sacado un cadáver, de otras dos ó tres de los epidemiados, de otras más, hasta quedar desoladas. Allí, en un triste jacal estaba un tifóideo con manchas morado-negruzcas y muy extensas en lugar de petequias; allá otro ú otros con este

mismo aspecto con llagas gangrenosas y parótidas supuradas; más allá otros infelices en distintos periodos del tifo. ¡Ah! los árboles que llaman *higos monteses*, elevados y de oscuro follaje, parecían más tristes y sombríos á la imaginación aterrizada con tan imponente cuadro. Con razon dos de mis practicantes, no acostumbrados á tan imponente cuadro, retrocedieron del lugar, quedando solo el que es hoy el Dr. Ramon Bolaños y que acaba de ser uno de los Diputados del Congreso nacional que terminó el año anterior.

¿Qué hacer en tan angustiada situacion? La Capital estaba cerca; pueblos inmediatos iban á ser contagiados; una larga experiencia me habia hecho conocer el prolongado tiempo que dura guarecido el miasma tifóideo en esas casas de paja que llaman *jacales*; yo habia asistido año con año, con cortas excepciones, á tifóideos en los ranchitos del Sur de la Capital, y principalmente en los de la Noria adonde van las aguas sobrantes de la ciudad, que en las horas avanzadas de la noche llevan consigo los materiales de la limpia de *comunales*, y esto me habia hecho juzgar bien del caso: resolví mi problema, é hice lo que él me aconsejó mejor. Transporté á todos los enfermos á las casas municipales y curatal que estaba desocupada, por no ser cabeza de parroquia, y las cuales eran de teja ó de terrado, formando así un hospital provisional y con nuevas ropas, y libré mis órdenes para que con las precauciones que dicté, favorecidas por la distancia que hay en los pueblos de casa á casa, treinta y dos jacales fueran quemados inmediatamente con todos sus miasmas, y aún con las ropas de aquellos pobres enfermos.

Un imponente aspecto daba en la tarde aquel pueblo: el calor se extendió en una área regular del mismo pueblo, y el miasma ó el agente principal del tifo, que no tolera una alta temperatura, pereció allí, no presentándose en adelante otro nuevo caso de infeccion, contribuyendo tambien esto á que bajo mejores condiciones, á excepcion de uno ó dos, todos los trasladados tifóideos terminaron favorablemente su desgraciada historia.

Violenta es esta medida de salud, pero de fácil reparacion, y ella fué la salvacion de un pueblo de quien hoy solo quedaria el nombre, y ¡quién sabe los males que hubiera trasmitido á otros y á la misma Capital!

Mucho se podria decir, como mejor lo sabeis que yo, respecto á tantos puntos que abraza la profilaxia del tifo, pero ajeno de una simple lectura, se tienen que limitar esos recuerdos. Básteme solo traer á la memoria el eminente riesgo que trae al asistente del enfermo, sea médico, practicante, enfermero ú otras personas, el destapar á los enfermos y violentamente respirar las exhalaciones mefíticas que salen de debajo de las ropas. Muchos casos de contagio en este acto he visto, y entre otros puedo citar los de los enfermeros Sema y Vasconcelos, quienes en una epidemia en el hospital de Belen, al inspirar estas emanaciones, acercando la cara al destapar al enfermo, inmediatamente sintieron la lesion del mal, durando con vida el primero poco más de tres dias y el se-

gundo de trece à catorce; y cuya enfermedad del primero, fué tan violenta, que los periodos se precipitaron tumultuosos.

Del contagio producido mediante las ropas del enfermo, à la hora del lavado, se han dado en mi clientela, no tan solo un caso; mas entre ellos podria citar à una mujer que sin ser asistente de una tifóidea, del pueblo de Jalatlaco, contiguo à la ciudad de Oaxaca, bastó el manoseo en el rio de estas ropas para contraer el tifo que la mató, siendo más afortunada la que impregnó las ropas, que terminó por la salud. Por estos acontecimientos siempre he creido que ventilar àntes las ropas y asolearlas, principalmente en las azoteas, es una medida útil, miétras que establecidas estufas la seguridad se haria completa.

Yo rogaria à mis compañeros de profesion recordaran à la hora de las autopsias cadavéricas de los tifóideos, el uso de los anfiteatros desinfectantes: la vida de los hombres consagrados al bien de la humanidad es una cosa preciosa; y si no se debe rehusar el sacrificio à la hora de la lucha, la ciencia le aconseja al médico la táctica con que debe librarse del peligro. Hará poco más de tres años que esta Capital resintió la pérdida de trece ó poco ménos, médicos, y despues de más tiempo la pérdida de otro profesor, muy sentido en verdad: todos inmolados por el tifo en el desempeño del deber y el estudio en favor de la humanidad. El Dr. Francisco Rincon, actual Diputado por Oaxaca en el Congreso general, el Dr. Estéban Calderon, uno de los encargados del servicio médico-legal en esta ciudad, y el enfermero Juan José Morales, acompañando à nuestro maestro el Dr. Juan N. Bolaños à una inspeccion de un cadáver tifóideo, fueron contagiados, y merced al gran tino del maestro mencionado pudieron volver à la salud perdida.

(Concluid.)

ACADEMIA DE MEDICINA.

SESION DEL 16 DE MARZO DE 1881.—EXTRACTO DEL ACTA N.º 23
APROBADA EL 23 DEL MISMO MES.

Presidencia del Sr. Dr. Lucio.

Se abrió la sesion à las siete y media de la noche.

Se leyó el acta de la anterior y sin discusion fué aprobada.

Se dió cuenta con las siguientes publicaciones recibidas en la semana:

Nacionales.—Boletin del Consejo Superior de Salubridad del Distrito Federal, tomo I núm. 7; Boletin del Ministerio de Fomento, tomo VI n.º del 31 al 35.

El Sr. Lobato, à quien tocaba la lectura de reglamento leyó un trabajo titu-